Habitaciones furtivas de Silvia Quezada

Gloria Vergara ORCID: 0000-0003-1959-7305

Universidad de Colima, México

Cuando José Luis Negrete me propuso la presentación de un libro de Silvia Quezada en Colima, pensé de inmediato que se trataba de un texto de crítica literaria, pues relacionaba su nombre con investigaciones sobre mujeres poetas o estudios de género. Pero esta vez la autora nos entregaba una novela. Fue una grata sorpresa encontrarme a Silvia como creadora, en esta fusión de roles que deja ver su narrativa, al referenciar claramente el papel de lectora y crítica en la figura de Marcela, quien llegó a un vecindario huyendo del marido para defender su libertad de estudiar letras.

Conformada de nueve partes y el epílogo, *Habitaciones furtivas* nos involucra en la trágica historia de Érika Mondragón, que corresponde a la de Rebeca Uribe Mondragón, nacida en Jalisco en 1912, y presuntamente asesinada en un cuarto de hotel de la Ciudad de México, a manos de otra mujer, en 1949. Tomada por un crimen pasional, la muerte de la escritora y actriz, quien además se desempeñaba como secretaria particular de María Félix, se convirtió en un escándalo para el mundo de la farándula y los medios de comunicación de aquel tiempo. Su obra quedó sepultada bajo la ignominia, y su vida "se mantuvo oculta por 70 años en los archivos literarios y policíacos en México" (p. 8). La novela de Quezada refuerza los hechos que ha investigado y referido en diversos trabajos académicos. De esta forma, con su fase creativa, la autora complementa el rescate de la vida y obra de la poeta Rebeca Uribe.

Habitaciones furtivas inicia sembrando la duda sobre el ¿suicidio?, ¿asesinato? de Érika. En una estructura de cajas chinas y ritmo detecti-

vesco, la historia reconstruye la cronología de las noticias desde el 8 de agosto de 1949, en que Érika salió de su casa, hasta el 14, cuando muere y le avisan a la Fénix. Ésta da una conferencia de prensa sobre su empleada; sin embargo, no esclarece nada acerca del crimen. Después, la cartografía narrativa diseña pistas sobre el móvil del asesinato, nos desplaza hasta *El Navío*, bar en el que Érika estuvo la última noche, antes de llegar al motel, con Mimí García.

Samuel y Jaime, amigos cercanos de la poeta, aparecen en el escenario como personajes fundamentales en la reconstrucción de la historia. A través de los apuntes y recuerdos de Samuel se sugiere un posible suicidio por sobredosis, que luego descartamos en el juego narrativo. Jaime es quien recibe el informe médico, quien nos muestra fragmentos del diario de Érika en donde se habla del deseo, la soledad, su amor por Úrsula Fariano. Nos comparte el sentido erótico del diario ¿ficticio?, ¿real?, ¿construido por Quezada? Los tiempos y verdades de la ficción opalescen en las referencias a la realidad. Se abre la necesidad de revisar el contexto lleno de crímenes de odio, al que ya Monsiváis aludía en sus ensayos sobre diversidad sexual y cultura mexicana del siglo XX. Así, el aparente suicidio empieza a tomar otros tintes cuando nos enteramos de que Jaime proporciona información secreta a Samuel. Con esto surge la idea de un feminicidio y se desvela, por parte de los medios de comunicación, la construcción de una historia que denigra a la poeta, como lo muestra la nota del diario *Cultura*.

Quezada introduce en su novela estrategias propias de la entrevista, del diario, notas de prensa, la biografía novelada, la historia ficcionalizada, etcétera. Ensambla voces de todo tipo y en todas direcciones: los editores, la madre, la jefa Fénix, las vecinas, los parientes, compañeros de trabajo, las amigas. Anota opiniones encontradas de quienes apreciaban a Érika, otros que la valoraban como poeta, pero también da voz a los temerosos del qué dirán, a quienes se mantuvieron al margen de la tragedia y el escándalo:

> Era demasiado liberal/ Murió desangrada/ Yo sólo pido justicia/ no tomaba drogas/ era bien cumplida/ No la conozco/ A veces no traía ni para un café/ Investigar por el morbo/ Mi querida Érika, me llegó a pagar el cuarto de hotel/ Murió solita en el Hospital Juárez/ Nadie supo que era la poeta/ Era editorialista muy atrevida/ Que se

había suicidado/ Necesito decir que vale la pena leerla. Quiero ver su "Poema en intervalos" en las antologías... (p. 81-85).

La segunda parte de *Habitaciones furtivas* da cuenta de la investigación de Marcela: los documentos que tiene, los libros, la información recuperada, las fotos de Érika con personajes del mundo artístico. Describe los espacios de su búsqueda, la revisión de la prensa, la historia contextual de Uribe. Así, recorremos, con Marcela, hemerotecas, bibliotecas, museos, iglesias, oficinas gubernamentales, para descubrir las habitaciones furtivas de Érika Mondragón.

En la novela los espacios se resimbolizan, al igual que el cuerpo de quien investiga, ataviada con guantes y cubrebocas, cuando la narradora enumera lo que va encontrando.

Habla de su tesis, de los poemas de Mondragón: "El mejor de los trabajos, para mí, se llama «Poema en intervalos», seguido por el «Romance a la madre» y «El sentido de morir»" (p. 112). La voz narrativa refuerza el valor de las fuentes orales al hablarnos de la visita que hace a don Adán Vizcarra. Marcela revisa los documentos obtenidos y deja ver el sentido de corrección que implica el proceso investigativo, así como el juego que se da entre la ficción y la realidad.

Cierra la novela con la aparición de Margarita, quien, al igual que Samuel y Jaime, aporta información a la historia. Marcela confiesa su pasión al leer a Érika Mondragón y su amiga Margarita le entrega la foto del periódico que anuncia la muerte de la escritora. Marcela se entera de que la camarera encontró a Érika desangrándose en el baño y que la obligaron a mentir en su declaración. Entonces entendemos que la historia se tergiversa para *salvar* un nombre del mundo artístico, ¿María Fénix?, sembrando el escándalo en la vida sexual de Érika. Esta parte abre nuevas líneas de investigación. Marcela visita el edificio donde vivió Érika, su tumba y se pregunta: "¿Enterrarían a Érika con aquel vestido que había mandado a la tintorería? ¿Asistió al funeral la mujer que la abandonó a su suerte en el hotel de paso?" (p. 138).

El epílogo contiene tachaduras, como si se tratara de un ejercicio transitorio; tachaduras que son ¿censuras?, ¿correcciones?, ¿borrosidades? Aquí nos enteramos de que Samuel "cerró su duelo dibujando el rostro de Érika Mondragón" (p. 139), que Úrsula no volvió a hablar de la poeta, y

que Marcela "supo que en un país como el suyo, Érika Mondragón seguiría siendo tabú por mucho tiempo" (p. 141). Con este último punto, Quezada pone sobre la mesa la urgencia de una crítica literaria que visibilice la calidad del trabajo poético de Rebeca Uribe Mondragón, haciendo a un lado el estigma de su muerte trágica y sus preferencias sexuales; una crítica que la coloque en el lugar que le corresponde en la historia de la literatura mexicana.

Quien se adentre en el mundo de *Habitaciones furtivas,* será testigo del crisol fragmentario habitado por las dos mujeres que buscan liberarse. La que huye del marido prolonga su travesía cuando decide rescatar la imagen de la poeta que surge en su camino de manera fortuita. Así, el ejercicio de palimpsestos que asobrona historias, fragmentos, destinos, personajes, se convierte en una aventura para quien investiga, quien narra y quien lee en la novela. Por esto podemos ver que tanto la escritura, como la investigación y la lectura son actos ¿detectivescos?, que implican viajes y obstáculos para llegar a buen puerto con la imaginación.

Referencias

Quezada, Silvia (2022). *Habitaciones furtivas*. Guadalajara: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco, 151 pp. ISBN: 978-84-19046-38-3.